

la oscuridad»— grita para que le sea aplicado el suplicio a su amada Julia, traición emblemática que da por terminada su «reeducación». Poco después los amantes se reencuentran casualmente, Julia comenta que ella también le traicionó, no tienen nada más que decirse y se separan, esperando cada uno la bala en la nuca que inevitablemente, un día cualquiera, acabará con sus vidas. Un año después de su intento de rebeldía inicial escribiendo en su diario «abajo con Gran Hermano», Winston pasea por Londres admirando los logros del sistema. Su proceso de alienación, eje de la obra, culmina con la terrible frase final: «Había vencido sobre sí mismo. Amaba a Gran Hermano» (245).

De hecho el aspecto más obvio del universo totalitario de *1984* es el culto a la personalidad del «Gran Hermano», protagonista ausente de la novela y arquetipo ya mítico en la cultura contemporánea, desde los grafitis antiglobalización hasta la recuperación irónica como título de un célebre *reality show*. Trasunto obvio del culto al jefe carismático tanto nazi como soviético, Gran Hermano es una síntesis abstracta de Hitler y Stalin (sólo conocemos su bigote ambivalente), icono de la «religión laica» totalitaria que transforma la sociedad civil en comunidad de fieles, masa compacta en la que el individuo se disuelve (Traverso, 2001: 14).

Como afirma el falso Goldstein «cada éxito, cada logro, cada victoria, cada descubrimiento científico, toda sabiduría, toda felicidad, toda virtud emanan directamente de su liderazgo e inspiración. Nunca nadie ha visto a Gran Hermano. Es un rostro en las pancartas, una voz en la telepantalla (...) Gran Hermano es el modo en el que el Partido decide presentarse a sí mismo al mundo. Su función es la de actuar como un punto focal para el amor, el miedo y la reverencia, emociones más fácilmente sentidas hacia un individuo que hacia una organización» (171). La genialidad de Orwell radica en la contradicción entre el igualitarismo supuesto de la hermandad y la jerarquía implícita en el adjetivo *Big*.

Uno de los ejes del totalitarismo orwelliano es precisamente la transformación del lenguaje, elemento central en la reflexión de analistas como Faye. Partiendo de los análisis sociolingüísticos sobre la relación entre lenguaje y pensamiento, visión de mundo y construcción de la realidad, Orwell intuye un aspecto básico del totalitarismo: el control sobre el lenguaje implica control del pensamiento y, en última instancia, manipulación de la realidad. A ello dedica un fascinante paratexto teórico, el célebre apéndice sobre «los principios de la novlengua» que prolonga y autentifica el universo de ficción presentado en la novela, ya que supuestamente está escrito por un erudito del futuro lejano, posterior al propio régimen oceano del Ingsoc.

El propósito básico de la novlengua «no es sólo proporcionar un medio de expresión para la visión de mundo y los hábitos mentales propios al Ingsoc, sino volver imposible toda otra manera de pensar» (246), haciendo literalmente «impensable» todo pensamiento «herético». En primer lugar, cronológica y morfológicamente, se produce una reducción del vocabulario, entendida como fin en sí misma, con el efecto de «disminuir el horizonte del pensamiento». Orwell fue un atento observador de la manipulación propagandística del lenguaje durante su experiencia de periodista de guerra, tal y como demuestra su importante artículo «Politics and the English language». De hecho el célebre concentrado informativo de los telegramas anglosajones (irónicamente denominado *cablese*) constituye la base morfológica de lo que denomina «vocabulario A», germen de la perversión lingüística totalitaria. Así «malo» desaparece en beneficio de «nobueno» (*ungood*), o inversamente según el interés manipulativo del emisor.

A partir de esta reducción forzada del lenguaje surge el «vocabulario B», construido deliberadamente para fines políticos. Se trata de conceptos diseñados para imponer una actitud mental deseable en el locutor, a base de concentración de abreviaturas. Como señala Orwell este tipo de lenguaje fue característico del lenguaje político de los países totalitarios, citando «nazi», «comintern», «agitprop» o «gestapo» como ejemplos. Los efectos perversos de dicha concentración son múltiples: un feroz reduccionismo mental (así todos los conceptos relativos al campo semántico de la vida política democrática son sustituidos por el término *crimethink*) asociado a una inconsciencia programada: dichas palabras, invariablemente de tres sílabas, transforman todo discurso en un intercambio monótono de siglas, «independiente en la medida de lo posible de toda conciencia» (253). La formulación de un pensamiento crítico se ve así invalidada con la cruzada contra la «viejalengua», ya que faltan todos los nexos argumentativos necesarios: al carecer de nombre, los «errores» heréticos resultan inimaginables, o cuanto menos indemostrables.

En última instancia, dichas abreviaturas eclipsan todo posible contenido y permiten la gran operación mistificadora, referir a su propio contrario y abolir así toda posible discriminación crítica: así «joycamp» alude en realidad a los campos de trabajos forzados, «minipax» al ministerio de la Paz que no es otro que el encargado de la guerra, etc. Una vez más encontramos la desilusión política de Orwell frente a la prensa de izquierdas: «Palabras como democracia pueden tener dos sentidos irreconciliables, y cosas como los campos de concentración y las deportaciones masivas pueden ser justas e injustas simultáneamente» (Steinhoff, 1976: 166).

Este aspecto del lenguaje totalitario coincide en gran medida con el análisis de la retórica nazi efectuado por Faye<sup>2</sup> Sustenta de hecho otro de los conceptos orwellianos esenciales, igualmente fructífero en la reflexión ulterior sobre el totalitarismo: el «doblepensamiento» o capacidad de aceptar a la vez dos creencias contradictorias. Procedimiento a la vez consciente e inconsciente, se trata de la operación mental básica del totalitarismo según Orwell, cercano aquí a los análisis del fenómeno ideológico de Hannah Arendt.

Orwell parte de una crítica feroz de la actitud de los intelectuales de izquierda anglosajones, ciegos ante su experiencia traumática durante la guerra de España. «Lo que he visto en España, «escribe», y lo que he visto desde entonces en la política interna de los partidos de izquierda, me ha dado horror de la política (...) vi artículos de prensa que no tenían ninguna relación con los hechos (...) e intelectuales tenaces construyendo superestructuras emocionales sobre acontecimientos que nunca habían ocurrido» (in Steinhoff, 1976: 106). El periódico socialista *New Statesman*, por ejemplo, rechazó sus artículos sobre la represión estalinista del P.O.U.M, ya que, según ellos, había que defender la República aún a expensas de la verdad: «Los crímenes y desastres más enormes –purgas, deportaciones, masacres, hambrunas, tratados traicionados, guerras de agresión– pueden pasar inadvertidos mientras no cuadren con el humor político del momento» (id, 155). Ya Trostki escribía: «No podemos tener razón más que con y por el Partido, ya que la Historia no nos ha dado otros medios de estar en lo cierto» (Traverso, 2001: 524).

Para Orwell, dicha actitud condena inevitablemente la razón: a partir de ahí, y siguiendo la crítica de Julien Benda a la «traición de los intelectuales», «toda virtud puede convertirse en vicio, y todo vicio en virtud, según las necesidades políticas del momento» (id, 65). Orwell coincide también plenamente con el análisis de su amigo y compañero en desgracia Koestler cuando éste denuncia el totalitarismo como una «era de la esquizofrenia», en la que los intelectuales orgánicos, indiferentes a la realidad, «vacían las palabras de todo contenido»: «lo novedoso del totalitarismo es que sus doctrinas no sólo son incontestables sino inestables. Tienen que ser aceptadas pero por otra parte siempre pueden ser alteradas de un momento al otro» (Steinhoff, 1976: 78) como queda demostrado con la manipulación que

<sup>2</sup> «Insistir en las contradicciones lógicas y tácticas [del discurso nazi] –anticomunista y antiburgués, tradicionalista y revolucionario, despectivo y mitificador respecto a las masas– es remitirse únicamente a uno de sus dos ejes, el relativo a lo real, mientras que lo característico de los grandes oradores nazis es precisamente lo contrario, la utilización de las palabras para camuflar eficazmente esas contradicciones aparentes» (Ayçoberry, 1979: 259).